

III

En la esquina que forman las calles de los Frailes y de Nollet, la tienda, con su frontil rojo y sus cabezas de toro doradas, tenía un aire muy distinguido. Cuartos de buey estaban suspendidos de los garfios, sobre blancos lienzos, en tanto que hileras de filetes en cucuruchos de papel bordado, como ramilletes, hacían de guirnaldas. Había pequeñas pirámides de carne sobre las mesas de mármol, pedazos cortados artísticamente: la ternera rosada, el carnero púrpura, el buey escarlata, entre las grasas jaspeadas. Dos barreños de cobre, la flecha de unas balanzas, los garfios de un aparador reluciente. Había una abundancia, una difusión de salud en la tienda pavimentada de

mármol y abierta á pleno sol, y un rico olor de carne fresca, que semejaba henchir de sangre las mejillas de todos los habitantes de la casa.

En el fondo y frente á la calle, Felicidad ocupaba un alto escritorio, donde algunos cristales la protegían de las corrientes de aire. Allí dentro, en los alegres reflejos rojos de la tienda, estaba fresca, con esa frescura plena y madura de las mujeres que han pasado de los cuarenta. Limpia, con sus trenzas negras partidas sobre la frente y su cuello blanquísimo, tenía la gravedad sonriente de un buen comerciante que, con una mano asida á la pluma y la otra en el cajón del escritorio, representa la honradez y la prosperidad de una casa. Algunos mozos cortaban, pesaban y decían las cantidades en alta voz; los clientes desfilaban delante del escritorio, y ella recibía el dinero, cambiando amables frases con sus parroquianos.

Una mujer pequeñita, de cara enfermiza, pagaba dos chuletas, que miraba con aire dolorido.

—Setenta y cinco céntimos,—dijo Felicidad.—
¿No se encuentra usted mejor, madame Vernier?

—No; eso no marcha... siempre este estómago... Arrojo todo cuanto como. El médico dice que necesito carne, ¡pero es tan cara!... ¿Sabe usted que el carbonero murió?

—¿Es posible?

—No ha muerto del estómago... sino del vientre... ¡Dos chuletitas, setenta y cinco céntimos! La gallina es menos cara.

—¡Caramba! No es culpa nuestra, madame Vernier. Ni yo sé cómo podemos vivir... ¿Qué pasa, Carlos?

Mientras hablaba y devolvía el cambio, echó una ojeada en la tienda, y vió que un mozo hablaba con dos hombres en la acera. Como el mozo no la oyese, levantó un poco la voz.

—Carlos, ¿qué desean?

Pero no oyó la respuesta. Había reconocido á uno de los hombres que entraban, el que iba delante.

—¡Ah, es usted, M. Berru!

Y no parecía muy satisfecha, pintándose en sus labios una sonrisita de desprecio. Los dos camaradas, de la calle Saint-Martin á Batignolles habían hecho muchas estaciones en las tabernas del tránsito, pues el camino era largo, y tenían la boca seca á fuerza de hablar fuerte y discutir sin cesar. Así, pues, parecían bastante embriagados.

Damour recibió un golpe en el corazón, en la acera de enfrente, cuando Berru, con un gesto brusco, le había mostrado á Felicidad, tan bella y tan joven, entre los cristales del escritorio, diciéndole; «¡Ahí la tienes!...» No era posible... aquella debía de ser Luisa, que se parecía mucho

á su madre, porque seguramente Felicidad estaba más envejecida, y toda aquella tienda lujosa, las carnes que sangraban, los metales que resplandecían; después aquella mujer tan aseada, de aire burgués, la mano sobre un montón de plata... todo esto le quitaba la cólera y la audacia, causándole un verdadero miedo. Tuvo un gran deseo de echar á correr, lleno de vergüenza, palideciendo á la idea de entrar allí dentro. Jamás aquella dama consentiría hoy en volverlo á tomar como marido, á él, con aquella cara imposible, sus barbas erizadas y su blusa miserable. Volvió los talones, é iba á perderse por la calle de los Frailes, para que ni aun se apercibiesen, cuando Berru le detuvo.

—¡Trueno de Dios! ¡Tú no tienes sangre en las venas!... En tu lugar haría yo danzar al burgués... y no me iré sin que partamos... al menos la mitad de los filetes...

—¡Andando, pollo mojado!

Y obligó á Damour á que atravesase la calle. Después preguntó al mozo si estaba allí M. Sagnard, y al saber que el comerciante se encontraba en el matadero, entró él primero para precipitar las cosas.

Damour le siguió con un aire imbécil.

—¿Qué se le ofrecía á usted, M. Berru?—preguntó Felicidad con voz poco amistosa,

—No soy yo... es este camarada, que tiene algo que decirle.

Se retiró un poco y dejó á Damour enfrente de Felicidad. Esta le miró; él estaba sufriendo mil torturas, con los ojos bajos. Felicidad hizo una mueca de disgusto; su tranquila y feliz fisonomía expresó una especie de repulsión por aquel viejo borracho que olía á mendicidad. Pero le estuvo mirando fijamente... y de pronto, sin que hubiesen cambiado ni una palabra, tornóse pálida, ahogando un grito y dejando caer las monedas, que al rodar produjeron un tintineo claro en el cajón.

—¿Qué pasa? ¿se siente usted enferma?—preguntó madama Vernier, que se había quedado por curiosidad.

Felicidad hizo un gesto con la mano para apartar á todo el mundo.

Le era imposible hablar. Con un movimiento premioso se puso de pie y marchó hacia el comedor, al fondo de la tienda. Sin que dijese nada de seguirla, los dos hombres desaparecieron detrás de ella, Berru bromeando y Damour con los ojos siempre fijos sobre las losas cubiertas de serrín, como si tuviera miedo de caer.

—¡Es raro todo eso!—dijo madame Vernier en cuanto se quedó sola con los mozos. Estos habían cesado de cortar y pesar, mirándose sorprendidos. Pero bien pronto reanudaron su faena.

En el comedor, Felicidad no se creyó aun bastante sola. Empujó una segunda puerta é hizo entrar en su cuarto dormitorio á los dos hombres. Era aquella una habitación muy aseada, silenciosa, con cortinas blancas en la cama y en las ventanas, un reloj dorado, muebles de caoba, cuyo barniz brillaba sin un grano de polvo. Felicidad se dejó caer en un sillón, repitiendo sin cesar:

—¡Es usted... es usted!

Damour no encontraba siquiera una frase que decir. Examinaba el cuarto sin atreverse á coger una silla, pues le parecían demasiado hermosas.

Pero Berru, comenzó:

—Hace quince días que la busca á usted... Me ha encontrado y yo le he traído.

Después, como si hubiese experimentado la necesidad de excusarse:

—Como usted comprenderá,—dijo,—no he podido negarme. Es un antiguo camarada, y me ha dado un vuelco el corazón cuando le he visto en la calle en ese estado.

Felicidad se repuso algún tanto.

Era la más razonable y la mejor dispuesta. Quiso salir de una situación intolerable, y entabló la terrible explicación:

—Veamos, Jacobo, ¿qué deseas?

Damour no respondió.

—Es verdad,—continuó ella,—que me he vuelto á casar. Pero no hay falta en ello, tú lo sabes. Te creí muerto, y nada has hecho para sacarme del error.

Damour habló por fin.

—Te he escrito,—dijo.

—Y yo te juro que no he recibido tus cartas. Me conoces y sabes que jamás he meatido. Toma, aquí tengo el acta de tu defunción.

Abrió un secreter y sacó un papel con mano febril, que entregó á Damour, quien se puso á leer con aire estúpido. Era su acta de defunción.

Felicidad añadió:

—Entonces me vi sola y cedí al ofrecimiento de un hombre que quiso sacarme de la miseria... He aquí toda mi falta. Me dejé tentar por el pensamiento de ser dichosa, y esto no es un crimen, ¿verdad?

Jacobo escuchaba, con la cabeza baja, más humilde y más embarazado que su mujer. Sin embargo levantó los ojos.

—¿Y mi hija?—preguntó.

—¿Tu hija?—contestó Felicidad temblando.

—No he sabido nada... no está conmigo.

—¿Cómo?

—Sí; la puse en casa de mi tía... Se escapó de allí... creo que lleva mala vida.

Damour permaneció mudo un instante con aire

muy tranquilo, como si no hubiese comprendido. Después, bruscamente, pegó un puñetazo sobre la cómoda, con tal violencia, que una caja de conchas bailó en medio del mármol. Pero no tuvo tiempo para hablar, porque dos niños, uno de seis años y otro de cuatro, acababan de abrir la puerta y arrojarse al cuello de Felicidad con una explosión de gozo.

—Buenos días, mamita: hemos ido al jardín, allá abajo, al extremo de la calle... Francisca ha dicho en seguida que teníamos que venir... ¡Si tú supieras cuánta agua hay allí, y cuántos pollitos en el agua!...

—Está bien, dejadme —dijo la madre rudamente.

Y llamando á la criada:

—Francisca, llévase usted á los niños.

Estos se retiraron, con el corazón oprimido, en tanto que la criada, herida por el tono de su ama, se enojó, llevándolos delante de sí. Felicidad tuvo un miedo loco de que Jacobo intentase robarle los niños; podía echárselos sobre la espalda y escapar. Berru, á quien no habían convidado á sentarse, se tendió tranquilamente sobre el otro sillón, después de haber murmurado al oído de su amigo:

—¡Los pequeños Sagnard! ¿Eh?... Esto medra pronto... la semilla burguesa.

Cuando la puerta se cerró otra vez, Damour pegó otro puñetazo sobre la cómoda, gritando:

—No es esto todo; me hace falta mi hija, y vengo por tí.

Felicidad se quedó helada.

—Siéntate y hablemos—dijo.—No adelantaremos nada armando escándalo... Así, pues, ¿tú vienes á buscarme?

—Sí; y vas á seguirme en seguida. Soy tu marido, el único... ¡Conozco mis derechos! ¿No es verdad, Berru, que estoy en mi derecho? Andando, pues; ponte un mantón y sígueme, si no quieres que todo el mundo se entere de nuestros asuntos.

Felicidad le miraba, y á pesar suyo, su cara trastornada decía bien claramente que no le amaba ya, que le espantaba, y que sólo disgusto le inspiraba aquella pobreza y aquella vejez de mendigo. ¡Cómo! ¡Ella tan blanca, tan aseada, acostumbrada hoy á todas las dulzuras de la vida burguesa, empezaría de nuevo aquella existencia perra de antaño, en compañía de un hombre que parecía un espectro!

—¿Rehusas?—repuso Jacobo, que había leído en los ojos de su mujer.—Ya comprendo: te has acostumbrado á la vida de señora de escritorio, y yo no tengo una hermosa tienda, ni cajón lleno de dinero donde puedas palpar á tus anchas... Después

están los pequeñuelos, que pareces dispuesta á guardar mejor que has guardado á Luisa... ¡Cuando se ha perdido á la hija, es natural burlarse del padre! Pero todo esto me es igual. Quiero que vengas y vendrás, ó voy á casa del comisario para que te traigan conmigo los gendarmes..... ¿Estoy en mi derecho, Berru?

El pintor afirmó con una indicación de cabeza. Aquella escena le divertía mucho. Sin embargo, cuando vió á Damour furioso, emborrachándose con sus propias palabras, y á Felicidad con las fuerzas agotadas, próxima á desfallecer, creyó de su deber desempeñar un papel airoso. Intervino diciendo con un tono sentencioso:

—Sí, sí, estás en tu derecho: pero es preciso ver, reflexionar..... Yo me conduzco siempre de una manera decente... Antes de decidir nada, sería conveniente hablar con M. Sagnard, y puesto que él no está aquí ahora...

Se interrumpió y continuó luego, con acento que reflejaba una falsa emoción:

—Solamente que el camarada está apremiado. Es durísimo esperar cuando se está en su situación... ¡Ah, señora! ¡Si usted supiera cuánto ha sufrido! ¡Y ahora, ningún auxilio, muerto de hambre, rechazado en todas partes!... Cuando le encontré, hace unas horas, no había comido desde ayer.

Felicidad, pasando del temor á un brusco enterrecimiento, no pudo contener las lágrimas que le ahogaban y se le escapó una exclamación.

—¡Perdóname, Jacobo!...

Y cuando pudo continuar:

—Lo hecho no tiene remedio. Pero no quiero que seas desgraciado... Déjame que te ayude.

Damour hizo un violento gesto.

—Seguramente—dijo Berru con viveza,—la casa está demasiado bien provista para que tu mujer te deje con el vientre vacío... Es natural que tú rehuses dinero, pero bien puedes aceptar un regalillo. ¿No es eso, señora?

—¡Todo cuanto quiera, M. Berru!

Pero Damour tornó á golpear la cómoda, gritando:

—¡Gracias, yo no como pan!...

Y luego, mirando á su mujer en los ojos:

—¡Es á ti sola á quien quiero, y te tendré!.....

Guárdate tu casa.

Felicidad había retrocedido vuelta á su repugnancia y á su espanto. Damour entonces se puso terrible, hablando de romperlo todo y lanzando las acusaciones más abominables. Quería saber la dirección de su hija; sacudía á su mujer en el sillón, gritándole que había vendido á su hija; y la infeliz mujer, sin defenderse, con el estupor de todo lo que le pasaba, repetía con una voz lenta,

que ignoraba su paradero; pero que seguramente lo dirían en la Prefectura de Policía. En fin, Dammour, que se había instalado en una silla, de donde juraba que ni el mismo diablo le levantaría, levantóse bruscamente, y después de un último puñetazo, más violento que los anteriores:

—Pues bien,—exclamó,—¡truenos y rayos!... Yo me voy... Sí, me voy, porque así me parece. Pero tú no perderás nada con esperar... Vendré aquí cuando esté tu marido, y yo os arreglaré, á él, á ti, á los monigotes y á toda la sagrada familia... ¡Espérame y ya verás!

Y salió amenazando con el puño. En el fondo estaba contento de acabar así.

Berru, que se había quedado detrás encantado por estar en aquellos líos, dijo con tono conciliador:

—No tenga usted cuidado, que no le dejo. Hay que evitar una desgracia.

Y se enardeció hasta el punto de cogerle una mano á Felicidad, depositando en ella un beso. Esta le dejó hacer sin oponer resistencia, estaba anonadada. Si Jacobo la hubiese cogido de un brazo, se hubiese ido con él.

Sin embargo, oyó los pasos de dos hombres que atravesaban la tienda. Un mozo cortaba á cuchilladas un cuarto de carnero. Entonces su instinto de buena comerciante la condujo al escritorio, y

en medio de los claros cristales, muy pálida, pero muy tranquila, como si nada hubiese pasado:

—¿Cuánto hay que cobrar?

—Siete francos, cincuenta...

Y dió el cambio del dinero.